

que no pueden entenderse con solo la luz de la razon. Porque conociéndolo por sus obras, conocemos de él solo aquellas cosas que se prueban por la testificacion de ellas. Por lo cual así como una pintura que representa al vivo su original con sumo artificio, declara el ingenio y la destreza del artifice, mas no expresa sus costumbres, su patria, su linaje, su nombre y fortuna; así claramente este mundo expresa la sabiduría, el poder, la bondad y providencia del supremo Artifice, pero no declara de modo alguno otras muchas cosas que hay en él, respecto que este efecto, aunque excelentísimo, no apura toda la virtud de su causa. Y entre estas cosas se dignó el Señor revelarnos en la ley de gracia el misterio de la Trinidad suma. Porque aunque este mismo misterio se hubiese manifestado á los padres del Viejo Testamento, sin embargo en el Evangelio se debió declarar mas plena y perfectamente. Porque como el misterio de la Encarnacion del Señor, por el cual el unigénito Hijo de Dios por su benignidad inefable sufrió el vestirse la carne humana, y ser puesto por nosotros en la cruz, tenga el lugar supremo entre todos los beneficios y obras del Señor; necesariamente á la verdad se debió revelar el misterio de la Trinidad suma, para que conocida la majestad y dignidad de Dios, entendiese mas claramente la naturaleza humana, qué era lo que debia á tan grande Redentor. Propónesenos, pues, en este altísimo misterio la Trinidad de las personas divinas en la unidad de sustancia. Porque es constante que la naturaleza divina es simplicísima, y usando de la frase de Boecio, es unísima, como que en ella nada hay compuesto, nada advenedizo, y absolutamente ningun accidente, sino sola y pura la majestad de la Divinidad. Por tanto oportunamente se figura en aquel propiciatorio de oro, desde el cual antiguamente daba el Señor las respuestas, el cual en la realidad era de oro puro, y en el cual no habia figura alguna, ninguna pintura, y nada habia añadido de otro metal extraño. Y así allí nada mas se veia que solo y purísimo oro. Pues en esta pura y simplicísima naturaleza de la Divinidad confesamos que hay tres divinas personas. Y para que no parezca que decimos cosas repugnantes ó contrarias, ninguno piense que aquí decimos nosotros tres sustancias, y una sustancia ó tres personas, y una persona; sino que en una misma sustancia y naturaleza adoramos y confesamos tres personas. Porque una cosa significa el nombre de naturaleza, y otra el nombre de persona. Y así como en nuestro Salvador confesamos tres naturalezas en una persona, á saber, el Verbo de Dios, la carne y el alma, porque una es la naturaleza de la carne, y otra la del alma, y otra la del Ver-

bo; sin embargo, una persona, esto es, un Cristo Señor nuestro subsiste en estas tres naturalezas; así por el contrario en la beatísima Trinidad en una simple sustancia confesamos tres personas. Esto á la verdad en ninguna criatura racional ó intelectual se encuentra. Porque en estas donde hay una sustancia, se encuentra solo una persona única. En esto, pues, se diferencia la naturaleza increada de todas las criaturas; á saber, que en una simple sustancia se encuentren tres personas, esto es, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre, que de ninguno es hecho, ni criado, ni engendrado: el Hijo, que es solo del Padre, no hecho ni criado, sino engendrado: el Espíritu Santo, que es del Padre y del Hijo, no hecho, ni criado ni engendrado, sino que procede. Porque así como en el sol se dejan ver tres cosas, á saber, el sol, la luz que dimana de él, y el calor que procede de ambos; así en la beatísima Trinidad adoramos y veneramos al Padre como sol, y al Hijo como rayo resplandeciente del sol, y al Espíritu Santo que mana y procede de ambos. Pues de este inefable misterio, siendo muchas y casi innumerables cosas las que se pudiesen tratar, intentaré explicar solamente dos cosas, que parecen ser las principales y mas necesarias para nuestra salud. De ellas una pertenece á la inteligencia de este misterio, y la otra para abrazar la verdad de la fe. Porque estando obligados á creer explícitamente este misterio, es necesario que entendamos cómo esto sea, no suceda que cuando oimos el nombre de hijo ó de generacion, concibamos en nuestro ánimo alguna cosa indigna de una majestad tan grande.

13. Pues para esto se ha de saber que el Dios omnipotente todas las cosas que obra por sí, las obra por entendimiento y voluntad, esto es, entendiendo y queriendo. Porque cuando quiere hacer alguna cosa, no tiene necesidad de los instrumentos de los miembros de que carece, ó de herramientas ó de algunas máquinas ó adminículos exteriores. Y así esta vastísima mole del mundo, tantos orbes de cielos, tantas tierras y mares, tantas variedades de plantas y animales con solo el entendimiento y querer de su voluntad lo crió todo sin auxilio alguno externo. Porque él dijo y se hicieron ¹, él mandó y se criaron. Y así como lo dijo ó quiso, inmediatamente salieron todas las cosas criadas, y de la nada comenzó á brillar el mundo.

14. Supuestas estas cosas, lleguémonos mas de cerca al misterio de la generacion divina. El Hacedor, pues, de la natura-

¹ Psalm. xxxii.

leza, que como cantó el Profeta ¹, hizo los cielos en entendimiento ó sabiduría, él mismo tambien con el entendimiento no crió á la verdad, sino engendró al Hijo semejante á sí. Pero ¿de qué modo dirás? Cuando este (el Padre) entiende plenísima y perfectamente su naturaleza, produce dentro de sí el verbo del corazón, y una imágen perfectísima de sí mismo, á la cual los oráculos divinos llaman resplandor de la gloria paterna, imágen y verbo é hijo de Dios. Y porque esta cosa tan grande excede toda la facultad de la inteligencia humana, ni hay palabras algunas con que se pueda expresar y significar, usamos de símiles tomados de la naturaleza, con los cuales de alguna manera podamos levantarnos á su conocimiento. Porque en todas las naturalezas imprimió él alguna imágen, ó á lo menos alguna huella de su perfeccion. Luego es cosa oportuna el que cotejemos los símiles ó semejanzas, y así como con unos adimniculos de la especulacion de la naturaleza comun, aspiremos al Hacedor de la misma naturaleza.

15. Y para que mas cómodamente se pueda hacer esto, mirémos á nosotros mismos. Cuando cualquiera hombre se mira á sí mismo, y pone sumo cuidado y estudio en la especulacion de sí propio, resulta y nace en la realidad una produccion ó parto, que de ningun modo se debe despreciar. Y el parto es la noticia ó conocimiento de nosotros, en el cual antiguamente la filosofía colocó gran parte de la sabiduría. Luego si me conozco á mí mismo, y en mí encuentro alguna cosa loable; es consiguiente que me ame á mí mismo. Porque todo lo que es hermoso y loable por naturaleza concilia el amor. Pues en cualquiera hombre que se fija en la consideracion de sí mismo, hay la mente que considera con vehemencia y atencion el estado de todo su ánimo: hay el conocimiento, que es como una prole ó parte del entendimiento, la cual nace de la misma consideracion: hay el amor que se excita del conocimiento. En nosotros á la verdad todas estas cosas son accidentes, con los cuales se mudan los ánimos, y se disponen de varios modos. Y todas las cosas que á nosotros se adhieren, cuando se comparan y trasladan á Dios, se han de conferir y entender de modo que antes se quite toda opinion de flaqueza, de modo que nada se piense en el ánimo indigno de Dios. Porque como él sea sumamente simple y uno, y no admita accidente alguno á la composicion de su perfeccion; síguese claramente, que lo que es accidente en nosotros, en él es sustancia perfecta que subsiste por su virtud y estabilidad na-

¹ Psalm. cxxxv.

tural. Luego considerando (como perpétuamente lo hace) atentamente su naturaleza, engendra la misma sabiduría que contiene en sí todos los bienes de vida, de luz, de bondad, de hermosura, de deleite é inmortalidad. Este parto divino, esta admirable é inmensa especie de la virtud divina, este clarísimo espejo del Padre mismo, este resplandor eterno nacido del eterno resplandor del Padre, llamamos nosotros, amonestados y enseñados de las santas Escrituras, Hijo de Dios. Y de esta inteligencia de la mente divina, y de la consideracion de la hermosura inmensa procede un sumo amor y eterno deleite ó complacencia que con una eterna caridad enlaza al Padre con el Hijo, y al Hijo con el Padre. Pues este nudo ó vínculo estrecho de amor llaman Espíritu Santo los oráculos divinos. Y como en Dios no haya mistura alguna, nada en él pueda ser primero ó postrero, nada mayor ó menor, nada mas fuerte ó flaco; es necesario que el Hijo al Padre, y el Espíritu Santo á los dos sea igual y en un todo semejante en la naturaleza, en el imperio, en la deidad, en la potestad; porque en una y la misma naturaleza no se puede excogitar diversidad, ó desigualdad, ó desemejanza. Y así reverenciamos y veneramos un Dios inmortal, incorpóreo, infinito, inmutable, omnipotente, simplicísimo en la naturaleza, y distinto por el número y razon de personas: y en la confesion de esta verdad suma permanecemos con una fe constante como en un castillo muy guarnecido.

Tercera parte.

16. Pero alguno expondrá luego, y dirá que él á la verdad cree y profesa una fe semejante; pero que no entiende las cosas que cree. Para esto te propondré dos grandes consuelos, con los cuales llesves con resignacion esta flaqueza y cortedad de tu entendimiento. Y ambos los hallarás si pusieres tus ojos primero en la grandeza de Dios, y luego en tu pequeñez. Porque si confiesas que es incomprendible la naturaleza de la Majestad divina, ¿qué te admiras que no alcance tu ingenio lo que es de suyo incomprendible? Si predicas que es inefable, ¿cómo es posible que la expliques con palabras de hombre? Últimamente, siendo esta naturaleza y perfeccion sola infinita entre todas las cosas, ¿cómo es posible que la razon finita del hombre, contenida dentro de ciertos términos, pueda alcanzarla ó comprenderla? Porque pertenece á la gloria de la Majestad divina, que exceda y trascienda infinitamente su sublimidad y grandeza todo conocimiento de la razon humana, y que solo se conozca con una

confesion humilde de la fe. Los Santos contentándose con esta fe, á nada mas se esforzaban ni empeñaban. De aquí es que dice san Ambrosio: Á mí me es imposible saber el secreto y misterio de la generacion divina. Desfallece la razon, calla la voz, no solamente la mia, sino tambien la de los Ángeles. Es sobre las Potestades y sobre los Ángeles, y sobre los Querubines y Serafines, y sobre todo sentido, porque está escrito ¹: La paz de Cristo excede todo sentido. Y si la paz de Cristo es sobre todo sentido, ¿cómo no será sobre todo sentido generacion tan grande? Pues tú tapa tu boca, no es lícito escudriñar los misterios soberanos, es permitido y lícito saber que el Hijo de Dios ha nacido; no es permitido ni lícito el discurrir de qué modo haya nacido: aquello no se puede negar, inquirir esto es miedo. Inefable á la verdad es aquella generacion, segun dice Isaías ²: ¿Quién explicará su generacion? Hasta aquí san Ambrosio.

17. Y si el hombre atiende á su pequeñez y tardanza de su entendimiento, entenderá tambien fácilmente, que él no puede penetrar este arcano alto de la Divinidad, respecto que apenas puede comprender con su razon aquellas cosas que están delante de sus ojos. De aquí es que dice Salomon ³, como no sabes cuál sea la vida del espíritu, y de qué manera se formen y consoliden los huesos en el vientre de la preñada; así no sabes las obras de Dios, que es el fabricante de todas. Por lo cual prudentemente dice san Gregorio: El que no encuentre razon en las obras de Dios, en su pequeñez hallará el por qué no la encuentra. Porque ¿qué hay que extrañar que no alcance las cosas divinas el que se alucina en la investigacion aun de las cosas mínimas? Cesará, pues, esta queja, si tiene el hombre enteramente conocida y explorada la debilidad y cortedad de su entender, y no extrañará mas el que él no pueda comprender las cosas divinas, que el que un pigmeo no alcance á tocar las nubes con su brazo extendido.

18. Os propondré tambien otro no menos saludable consuelo: y es que cuanto menos podais alcanzar lo que es Dios, tanto mas debeis admirar su majestad, reverenciar su sublimidad, amar su bondad, abrazar su misericordia, guardar con mayor diligencia sus leyes y mandamientos. Porque si la grandeza de la Majestad es digna de admiracion, tanto mas debemos admirarla, cuanto mas largo distamos de su conocimiento. Si la bondad suma merece un amor sumo, tanto mas debe ser amada, cuanto infinitamente excede la

¹ Philip. IV. — ² Isai. LIII. — ³ Eccles. XI.

perspicacia de nuestro entendimiento. Si es debida suma reverencia á la dignidad altísima, ¿con cuánta reverencia debemos venerar aquella sublimidad, cuya elevacion no comprenden aun los espíritus seráficos? Porque siendo muchas las cosas que nos instruyen en el conocimiento y amor de la inteligencia divina; sin embargo, ninguna otra cosa hace esto mas, que si entendemos que aquella alta naturaleza excede con infinita distancia la diligencia de la razon criada. Por tanto, de aquí sucede que atribuyéndose con verdad á Dios todos los nombres que significan alguna dignidad ó perfeccion; sin embargo, como dice san Dionisio ¹, con mucha mas verdad se remueven ó niegan de él. Como por ejemplo: si atribuimos á Dios suma providencia, misericordia, sabiduría, poder, bondad y hermosura, y con nuestra mente y pensamiento concebimos un insondable abismo de sabiduría, poder, bondad y hermosura, y se lo atribuimos á Dios, dista tanto este nuestro pensamiento de su aptitud y su gloria, que es cosa mas oportuna remover de él estas perfecciones, que atribuirselas. Porque aunque todas estas cosas se hallen perfectamente en Dios; sin embargo, del modo que la cortedad de nuestro entendimiento las concibe, de ningun modo se le atribuyen. Esto á la verdad lo sabemos no solo porque nos lo enseña san Dionisio, sino porque lo aprendemos tambien del Eclesiástico ². Pues dice así: Glorificad á Dios cuanto podais, todavia restará y sobrará aun: los que bendecís al Señor, exaltadlo cuanto pudiéreis, porque es mayor que toda alabanza: no trabajéis, porque no lo comprenderéis.

19. Mas esto si se refiere á la cortedad y estrechez de la razon humana, es menos de admirar. Es cosa mucho mayor que aun todo cuanto conciben de su grandeza aquellas beatísimas mentes, y aun los mas elevados Serafines que contemplan de mas cerca aquella inmensa especie de hermosura, dista tanto de su hermosura y majestad inmensa, que como antes dije, con mas verdad se puede negar que atribuirselo. Y aun tambien si sobre lo sumo se puede añadir alguna cosa, aun no temeré juntarlo á estos. Si Dios con su virtud omnipotente criara alguna nueva criatura tan excelente que en el órden de criaturas nada se encontrara mayor ni mas sublime, todo cuanto alcanzara esta nobilísima criatura de la gloria de la Deidad soberana, quedaria tan abajo de su dignidad, que antes esto mismo se debia remover de Dios que atribuirselo. Últimamente para acabar de una vez, cuanto alcanzaran de la majestad y gloria

¹ Dionys. de Coelest. c. 2. — ² Eccli. XLIII.

de Dios ó esta elevadísima mente, ó las demás mentes criadas que á rostro descubierto contemplan la especie de la hermosura divina, es cosa tan corta que se dice ser casi nada. Pues porque no hay comparacion alguna de una cosa finita á otra infinita, y todo cuanto entiende la criatura de la sublimidad de la naturaleza divina es finito y contenido en ciertos y fijos límites, con razon se dice que es cosa corta, respecto de que aun queda infinito lo que resta de entender. Luego, ¿quién no admirará esta tan grande sublimidad de la naturaleza divina? ¿quién no quedará como atónito, cuando mire ante los ojos del alma este inmenso é insondable piélago de la divinidad? ¿cuál perspicacia del alma no comenzará á oscurecerse con este esplendor de la luz divina? ¿quién entrando en este vastísimo abismo de la divinidad, querrá salir de allí y volver á nosotros? Luego, ¿quién no reverenciará con toda la devocion del ánimo este tan grande Señor? ¿quién no se derramará todo en sus alabanzas? ¿quién no se derretirá todo por la admiracion de esta tan grande majestad? ¿quién no se arderá con un amor ardentísimo? ¿quién no deseará morir mil veces por su gloria? ¿quién no se reputará por feliz porque él mismo le dió los ojos de la fe, con que puede mirar esta luz tan grande? ¿quién no deseará que todas las arenas del mar se conviertan en lenguas para que prediquen perpétuamente sus alabanzas y le den gracias por este tan grande beneficio? Todas estas cosas parece contemplaba el real Profeta, cuando decia ¹: Confesaréte á tí, porque fuiste engrandecido terriblemente. Explanando san Crisóstomo este lugar dice, que sucedió al Profeta una cosa semejante á la que sucede á los que estando sentados en una altísima peña, miran bajo de sí al mar airado y bramando, los cuales atónitos con la grandeza de esta borrasca, les parece que pierden la vista y virtud de sentir. Pues esta enajenacion del alma en cierto modo parece padecia el Profeta cuando ponía los ojos del alma en aquel vastísimo piélago de la Divinidad; y así convirtiéndose con toda la devocion de su ánimo á ensalzar sus alabanzas dice: Confesaréte á tí, esto es, predicaré, Señor, tus alabanzas porque terriblemente has sido engrandecido, esto es, porque con la gloria inmensa de tu divinidad y majestad arredraste mi razon y la dejaste pasmada.

20. Y ya tambien si puesto alguno en esta altísima atalaya, desde donde contemplaba esta tan grande altura de la gloria divina, se abate desde allí á considerar el misterio de la Encarnacion y Pa-

¹ Psalm. cxxxviii.

sion del Señor, y contempla aquel altísimo Señor, á quien ve elevado sobre los Querubines y Serafines, nacido en un establo, echado en un pesebre, y muriendo en una cruz por la salud del género humano: ¿cómo el que esto advierte puede respirar, puede estar dentro de sí, cómo puede retener el espíritu y el hálito cuando considera esta dignacion tan grande de la bondad divina? Y si apartándonos de esta consideracion, ponemos los ojos en aquellos que no temen ni tienen vergüenza de ofender esta bondad tan grande con sus maldades y crímenes cotidianos; ¿cómo no nos pasamos cuando contemplamos esta execrable ceguedad, esta ingratitude y perversidad de muchos hombres? ¿cómo no reventamos de dolor y pasmo, cuando vemos que este mal tan execrable domina, no en algunos rinconcillos ó en algunos hombres, sino latísimamente en todo el orbe? Pero por cuanto esto, hermanos, no podemos llorarlo bastantemente, volvamos á nosotros mismos, y echando de ver no lo que hacen los hombres perdidos y estragados, sino lo que es decente á nosotros, miremos esta misma gloria de la majestad divina, alabémosla, reverenciémosla, admirémosla, amémosla con todas nuestras fuerzas, y procuremos observar sus leyes y preceptos, y queramos antes derramar nuestra sangre que ofenderla; porque así sucederá que asistiendo piadosa y religiosamente todos los dias en estos ejercicios, podamos llegar á su felicísima compañía y vista. Amen.